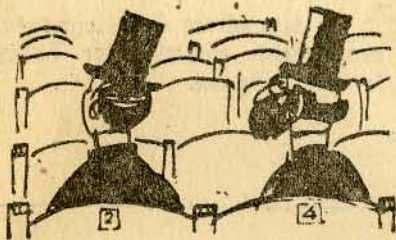


Según el Orden del Tiempo

El Mercurio
17-3-63

Por ROBERTO BRISEÑO



y, desdoblándose sobre sí mismo, ha volcado en su obra todo aquello que agita el trasfondo oculto de su alma. Es decir, con ello la novela ha desbordado las fronteras de su propio destino, aproximándose en cierta medida a las formas de un testimonio existencial. He ahí el camino, y no otro, a nuestro juicio, de los grandes logros del arte.

Pero sin duda que aquello no es todo. La obra maestra será siempre poseedora de una expresión sensorial, que no tan sólo es capaz de hacer producir en aquellos que la leen el milagro de sentir y palpar la vivencia anímica que el alma creadora pretende entregarles, sino que, también, habrá de ofrecer la mágica síntesis de un lenguaje enaltecido por el hechizo de su música.

Es esto último tal vez lo que limite a la obra de Palazuelos, pues, a decir verdad, carece ella de aquel encantamiento; sin embargo, la fuerza de su alma atormentada creemos que puede más que estos obstáculos.

La suya es una historia en que el perfil insondable del hombre de nuestro tiempo surge en todo su dramatismo y poder emotivo.

Es el interrogante del "out-sider", que una vez más vuelve sin respuesta. El mismo lo dice cuando escribe:

"Mi grito tenía que ser distinto. Nuevo. Dentro de mí estaba ese grito y no podía lanzarlo. En los versos se insinuaba un germen de aquello, pero no era suficiente. Dolor e impotencia. Para aliviarme de ello: actuar en política. A decir la verdad y fracasar. De fracaso en fracaso. Desubicado por completo, me siento reaccionario entre los izquierdistas y revolucionario entre los derechistas. El centrismo me asquea".

Pero de mayor trascendencia que esta desubicación es tal vez la otra, aquella que lo hace escribir:

"Debo hacer algo con mi tiempo. Así, encerrado dentro de mí, hace que me sienta como en una jaula, estrellándose insensatamente contra todo mi organismo. Es demasiado torpe para huir solo. Debo abrir yo mismo la puerta de la prisión. He perdido la llave."

Y aquí, finalmente, quisiera decir algo a Palazuelos que escribiera Hermann Hesse, a quien estoy seguro que conoce, pues lo menciona varias veces en su obra. Es de aquellas frases que sólo deben decirse en voz baja, como cuando se confían los secretos. "Con la fe puesta en aquello que Siddharta llama el Amor y con la fe de Harry en lo inmortal, puede un hombre vivir: cierto soy de ello. Con esa Fe no sólo se puede soportar la vida, sino también vencer el Tiempo."

PARADOJAL tal vez nos resulte a simple vista el cauce expresivo que parece conducir a Juan Agustín Palazuelos en el desarrollo de su novela "Según el Orden del Tiempo", editada por Zig-Zag. Extraña paradoja en verdad, pues no es posible advertir en él la presencia de aquel oculto anhelo, siempre latente en el alma creativa, por el logro de una armonía estética, en el que la palabra nos surja con claro relieve, forjando imágenes de sonora perfección.

Muy distante de aquello, Palazuelos parece descubrir un sendero nuevo, desprovisto ya de finas filigranas poéticas, en el que la frase corta, pausada por puntos, adquiere una propia y desconocida dimensión.

"Tarde roja. De primavera. Pero no es primavera.

"Es verano.

"No tendría ninguna importancia la estación si no hiciese tanto calor. Rojo eléctrico; bello pero demasiado brillante. Como lo que es bello para todos. Desaparece el contraste. Pura evidencia."

¿Encierra este lenguaje parco y agreste una insuficiencia expresiva?

Es muy posible. Sin embargo, nos inclinamos a pensar esta vez que para justipreciar la obra en su real significación, se hace necesario observar que la perspectiva se ha tornado

en ella ahora diferente, volviéndose más lejano su propósito.

Al intentar un juicio crítico sobre una expresión de arte surge invariablemente ante nuestros ojos un dualismo fácil de advertir a la luz del análisis de los elementos que en ella se encuentran en juego, vale decir, forma y fondo.

Nuestra narrativa, desde hace algún tiempo, se ha visto principalmente determinada, por el primero de estos elementos, perfilándose muchos de nuestros escritores, como artifices finamente adiestrados en el uso de recursos plásticos, aunque siempre muy distantes de una verdadera problemática, que lograra situarlos en las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo. De ahí que, a fin de cuentas, no podamos presenciar en nuestras manifestaciones creadoras la fuerza de una verdadera metafísica del arte o, en su defecto, una real inquietud de parte de los escritores por intentar despejar los grandes interrogantes que la condición humana es capaz de plantearse.

Diferente propósito parece guiar ahora a las nuevas promociones, que, amparadas tal vez en una formación intelectual más profunda, han logrado dotar a sus creaciones de un impulso trascendente, incorporando esta vez su propia experiencia vital como primera fuente creativa. Es que el escritor, entonces, ha tomado conciencia de su más auténtica misión